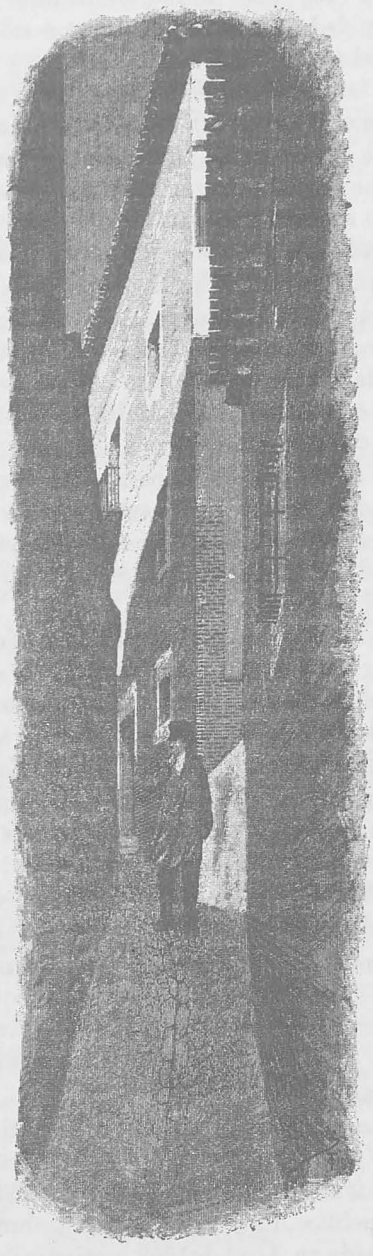
mentar con los años nuestros dominios, el latín fué relegándose por anticuado al estudio de los bibliófilos; el godo acabó por deficiente, de olvidarse; el árabe siguió la suerte de la estirpe que le hablara; y nuestros dialectos, aunque múltiples, tendieron á auxiliarse, á cederse vocablos y giros, á constituir su unidad, eterno canon de la vida. Conservando Vasconia y Navarra su inmemorial eúskaro, dejo del sanscrito; acudiendo Asturias al suevo para ordenar el bable, del que resultarían el gallego y el portugués; demandando Cataluña inspiración al galaico, del que á su vez resultarían el valenciano y el mallorquín: recibió Castilla en su amoroso y rico seno, formado por el limo de las principales razas del globo, las aguas de estos ríos, y las de Aragón, León, Extremadura, Andalucía y Murcia, especie de océano que á todas las confundía. No pudiendo materialmente fijar su idioma sin fijar antes su hogar, empresa tanto mas hercúlea cuanto que carecía de montañas que la defendiesen, avanzó acogiendo los adelantos y amparando á los ingenios de las demás provincias, como si presintiera su futuro destino lingüístico, semejante al de walones y toscanos. Más acostumbrada al sonar de los cuernos de guerra que al tañer de las guzlas moriscas y de las violas provenzales, ensayó, cambiando la antigua prosodia por la moderna consonancia, una versificación de armonía ruda, de ideología nebulosa, pero enérgica y entusiasta, propia de gentes que si no sabían embellecer como artistas, ni razonar como filósofos, sabían morir como héroes de un teosofismo militar, histórico, verdadero, nada parecido al derivado de los mitos orientales, al celta de los Artusez, al germánico de los Roldanes y al bizantino de los Amadises, tipos legendarios, falsos, que, pasando del severo *Tirante* de Martorell al cómico *Morgante* de Pulci y al trágico *Orlando* de Ariosto, acabarían en la incomparable caricatura del *Quijote*.

El hallazgo del cuerpo del mayor de los *Hijos del trueno* llamó á Galicia á innumerables cristianos de Europa, entre los cuales enumera la tradición al mismo emperador Carlomagno, y menciona la Gesta á la hipócrita dama Argentina de Narbona, mujer del conde castellano Garci-Fernández (970-1005):

> En Francia casó el buen conde
> con *esa* Doña Argentina,
> que pasaba por su tierra
> á Santiago en romería.

Acompañándolos, vendrían juglares lombardos y bretones, los más notables á la sazón, siquiera en pago de las visitas que los nuestros les hicieran en sus países respectivos. Y del mutuo comercio de unos y otros, nacieron á mi ver aquellos dos poemas anónimos: el *Libre dels tres reys d'Orient* y la *Vida de Madona Santa María Egipciaqua*, de fraseología políglota y métrica insegura, y quién sabe si la idea de la *Danza de la muerte*, inspirada en el generalizado temor del próximo fin del mundo para el año 1000. De por entonces, apogeo de la civilización ommiada, admiración de propios y extraños, datan en mi concepto los primitivos moldes de nuestra literatura más popular, objeto de profundos estudios de parte de los Bembo, Schelegel, Dryden y Fauriel. A mediados del siglo IX, según Pablo Alvaro en su *Indiculus luminosus*, andaban tan arabizados nuestros fieles de Andalucía, que apenas había uno que acertara á escribir una carta en latín, al paso que había muchos que componían artísticos versos en el idioma del novelesco príncipe desterrado de Siria, Abderrahmán I, autor de la hermosa balada *A la palmera*. Imitando este ejemplo, lanzaríanse á componer muzárabes y mudéjares, en verdadera algarabía, trovas que condenaran el traidor egoismo de bastantes renegados del Evangelio y del Korán como se condenan en *Bobalias el Pagano*, ó que narraran los amores de agarenos y cristianos, como se narran en *Moriana y Galván*, ó que enaltecieran el respeto á la monarquía, como se enaltece en *Vergilios*, sin perjuicio de zaherir á los monarcas que lo mereciesen, como *Fernán González* zahiere á D. Sancho I de León:

> Vos traeis cetro de rey
> y yo un venablo acerado.



Callejón del Toro (Toledo)

Sea lo que fuere, al pasar de las conjeturas racionales á los hechos fehacientes, nos encontramos á mediados del siglo XI con la *Pérdida de España por Rodrigo*, de origen portugués, y á principios del siglo XII con el *Poema del Cid*, de origen castellano, obras que denuncian la tosquedad de sus épocas, y más la de sus autores, pero cuya redacción precedió á la de las primitivamente redactadas, sobre tradiciones bíblicas, célticas y germánicas, en Provenza, Bretaña, País de Gales y País de los Walones; con la particularidad de que la más antigua de éstas, *La Piscina* (hacia 1146), trae ya modos y tiempos verbales nuestros, «lavar y morir, irán y será», y hasta consonantes perfectos, «emperador y honor, marqués, y francés» (1), y la más acabada *El Román de Rou* (hacia 1210, no puede competir con la interesante inventiva y gráfica locución de su coetáneo el anónimo *Libro de Apolonio*. El extranjero tomaba de nosotros, como nosotros tomábamos del extranjero, si tal nombre cabe dar á hijos de una misma civilización que, completándose mutuamente gracias á la armonía de

(1) Tenemos á la vista el original inserto en la notable *Historia de los trovadores*, de Don Víctor Balaguer. El castellano alboreaba de muy atrás. En una escritura de donación hecha á la iglesia de Covadonga por Alfonso *el Católico* (739-757) se leen ya estas palabras: «campanas de ferro, casullas de syrgo, capas y porcos.»

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Toledo: publicación quincenal ilustrada. 31/7/1889.